

LA ALFABETIZACIÓN EN MÉXICO: CAMPAÑAS Y CARTILLAS, 1921-1944

THE LITERACY IN MÉXICO: CAMPAIGNS AND ABC-BOOKS, 1921-1944

Alba Alejandra Lira García

El Colegio Mexiquense, México
alba_lira@yahoo.com.mx

Resumen

El objetivo de este breve análisis es abordar mediante una exploración bibliográfica, cuatro campañas contra el analfabetismo emprendidas en México de 1921 a 1944. Este recorrido permitirá advertir que los objetivos de alfabetización correspondieron al tejido social en que las campañas se generaron. Se describirá el contenido de las cartillas empleadas y/o diseñadas para enseñar a leer y escribir, a fin de mostrar que las dificultades producidas con la instrumentación de las campañas, no fueron únicamente pedagógicas o didácticas; se expondrá entonces que el problema del analfabetismo no logró sobreponerse a las necesidades de salud, vivienda y alimentación propias de una sociedad mayoritariamente rural, destacando sobretodo, el mínimo alcance de estas cruzadas respecto a la población indígena, para quienes la confección de las cartillas tuvo requerimientos particulares.

Palabras clave: Analfabetismo - Cartillas para alfabetizar - Campañas de alfabetización.

Abstract

In brief, this analysis explores four campaigns against illiteracy started in México between 1921 and 1944. This review will let us see that the literacy objectives and the

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

social attributions of written communication were concerned to the social framework in which they were developed. On this way, it will be possible to check changes and permanencies in educational policies directed to illiteracy as a social problem. Looking for this, it will be described the content of the ABC-books used and/or designed to teach reading and writing in order to show that the complications produced by the implementation of those campaigns not only were pedagogical. The illiteracy problem did not reach a solution over health, housing and nourishment problems of a society mostly rural, standing up the minimal impact inside indigenous population, sector who needed a special confection of ABC-books.

Key words: Illiteracy - ABC-books for literacy - literacy campaigns.

INTRODUCCIÓN

En la historiografía de la educación en México son escasas las investigaciones enfocadas al estudio de la alfabetización, menos aún respecto a los recursos no escolarizados con los que se ha intentado erradicar al analfabetismo, es decir las campañas de alfabetización o contra el analfabetismo, aunque estas iniciativas precedieron a la creación del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA) en 1982. En consecuencia, poco conocemos desde el punto de vista histórico, acerca del fundamento didáctico e ideológico con el que se enseñaba a leer y escribir, es decir sobre el contenido de las cartillas de alfabetización utilizadas en dichas campañas.

El objetivo de este breve análisis es explorar cuatro campañas contra el analfabetismo emprendidas en México de 1921 a 1944, con el fin de ofrecer un estado de los conocimientos sobre el tema tal como se desprende de los estudios que se han hecho sobre estas, así como para destacar los inconvenientes más recurrentes durante su instrumentación: escasez de recursos económicos, falta de material, aulas y/o maestros alfabetizadores, mostrando además que las complicaciones fueron mayores en el caso de la enseñanza de la lectura y la escritura a los indígenas cuya lengua originaria no era el castellano. La alfabetización en lenguas indígenas demandaba un esfuerzo que sobrepasaba los objetivos de las campañas y requería de cartillas de alfabetización especializadas.

Las cuatro campañas de alfabetización que se analizan (1921, 1936, 1937 y 1944) fueron iniciativas públicas tendientes a lograr la homogeneidad de las condiciones culturales de la población. En el marco de la construcción del México *posrevolucionario*, las desigualdades sociales entre campesinos, indígenas, obreros, entre el campo y la ciudad tenían como elemento común al analfabetismo. De acuerdo

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

con Meneses (1988), en 1921 el 71.4% de los mexicanos eran analfabetos, para 1930 lo eran el 64.7% y en 1940 el analfabetismo abarcaba al 55.2% de un total de población de 16.220.316 habitantes. Las condiciones fueron menos favorecedoras en las comunidades rurales y en los estados con población mayoritariamente indígena.

1. La Campaña contra el analfabetismo: una iniciativa desde la universidad, 1921

La creación de la Secretaría de Educación Pública en 1921 dio forma a la más sólida institución educativa que tendría bajo su responsabilidad extender la educación elemental y la cultura nacional “para poner en obra la estructura de una nación poderosa y moderna” (Vasconcelos, citado en Martínez, 1983, p.134).

A favor de la nueva Secretaría de Educación Pública se puso el potencial de la Universidad Nacional, pues el primer secretario de educación pública José Vasconcelos había sido rector de la máxima casa de estudios. Vasconcelos solicitaba que la universidad trabajara para el pueblo, intentó crear un vínculo prácticamente inexistente hasta entonces: unir a profesionales, artistas e intelectuales a favor de los sectores populares que requerían integrarse al proyecto de la unidad nacional. La iniciativa de emprender una campaña contra el analfabetismo fue más allá de las intenciones de José Vasconcelos; las características de la primera campaña de alfabetización fueron resultado de la apropiación interna de cambios culturales y sociales que se suscitaban en el exterior. La formación del Departamento de la Campaña coincidió con los festejos del aniversario de la consumación de la independencia de México y fue parte de los medios oficiales para mostrar la imagen de un gobierno que realizaba acciones específicas para sanear los problemas sociales (Fell, 1989).

Al respecto Giraudo (2008) señala que las ideas sobre el indigenismo, la promoción del mestizaje, la integración racial y cultural, que se adaptaron desde Europa a la realidad latinoamericana, se emplearon como fundamentos ideológicos para la construcción del México *posrevolucionario*. Bajo ese contexto, la alfabetización y el arte estaban dotados de amplias atribuciones, como recursos para la transmisión de valores ideológicos y el perfeccionamiento de la raza gracias a la higiene, la alimentación y el acceso a la cultura: “La cultura popular se convirtió en un ingrediente fundamental de la cultura nacional en construcción. Al promover un acercamiento entre el arte erudito y el arte popular, se pretendía transformar este último en una manifestación civilizada” (Giraudo, 2008, p. 60).

Aunado a lo anterior, el analfabetismo se estaba combatiendo en los países que pugnaban por la integración nacional a favor del fomento de las organizaciones colectivas. Saber leer y escribir no sólo se consideraban como elementos de integración nacional con fines de desarrollo económico o político, también se consideró que favorecería el bienestar del hombre para sí mismo y para sus semejantes. Arnove (1992) propuso a la Unión Soviética como el primer país en “adoptar una mentalidad de guerra para combatir el analfabetismo”¹. Loyo (1999), por su parte, sugiere que muchas de las técnicas empleadas en la campaña de Vasconcelos fueron copiadas de la experiencia soviética. Claude Fell (1989) menciona que el secretario de Educación Pública había leído, meditado y asimilado acerca de la reforma educativa y cultural efectuada en la URSS.

Se mantenían latentes los ideales de la revolución mexicana, la alfabetización se suponía como un derecho, esta en sus preceptos más amplios podía cerrar la brecha cultural y económica que diferenciaba a los mexicanos. La publicidad y el énfasis puesto en el problema del analfabetismo contribuyeron a la reflexión de este como problema social, como un tema de implicación nacional: “En los momentos en que la propaganda era mayor, aumentaba el número de asistentes a centros de alfabetización y la cantidad de voluntarios.”(Fell, 1989)

"Los países en vísperas de guerra –escribía el rector José Vasconcelos- llaman al servicio público a todos los habitantes. La campaña que nos proponemos emprender es más importante que muchas guerras" (Fell, 1989, p. 28).

La incapacidad de leer y escribir se consideraba causa de los problemas sociales; no como consecuencia de las insuficiencias educativas y materiales, más bien se le relacionaba con las brechas culturales y materiales que limitaban el desarrollo nacional:

La tarea alfabetizadora fue presentada como una misión de urgencia y el analfabeto como un ser nocivo, como una rémora y como una carga para el país. Dando muestras de un exagerado optimismo en los poderes de la educación, las autoridades afirmaban que saber leer y escribir volvería fuerte al pueblo (Loyo, 1994^a, p. 343).

En 1921 se creó el Departamento de Campaña contra el analfabetismo dependiente de la Secretaria de Educación Pública, su función fue “establecer centros escolares de enseñanza general lo más completas que sea posible de los lugares de mayor población con el objeto de combatir el analfabetismo y fomentar la educación de las masas” (Loyo, 1994 a: 346).

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

1.1 Espacios y materiales para alfabetizar, 1921

Los lugares para alfabetizar tuvieron que improvisarse, los maestros usarían sus propias casas, los patios y las esquinas, además de que se incitó a los voluntarios a buscar a los analfabetos y no esperar hasta la construcción de un local (Fell, 1989). Las aulas en el campo eran bastante pobres y en ocasiones no cumplían con los elementos indispensables, las características que tenían éstas, propician una imagen de las dificultades con las que se aprendía en su interior:

La vida escolar se iniciaba, con mucha frecuencia, bajo una enramada, en jacales de varas o zacates con techos de palma infestados de arañas u otras alimañas, y que más de una ocasión había servido para encerrar animales, o en cobertizos tejavanas, corredores de una casa prestada, graneros, galerones inhóspitos, cuartos oscuros y sin ventanas, viejas iglesias semiderrumbadas o la bodega de una hacienda (Loyo, 2006, p. 277).

Cumplir con un estricto horario destinado al aprendizaje era un aspecto poco frecuente en el campo: "Los maestros no eran muy estrictos con la puntualidad pues corrían el riesgo de quedarse solos y a menudo esperaban pacientemente a que los niños cumplieran con sus ocupaciones domésticas dentro y fuera de la casa." (Loyo, 2006, p. 279) A las actividades de aprendizaje se antepusieron las tareas cotidianas y el trabajo doméstico: "Nadie venía a la escuela antes de que los animales hubiesen bebido, y las cabras salido a pastar, hasta que se hubiese cortado la alfalfa, molido el maíz, hecho las tortillas y atendido a los pequeños." (Bai Ley, 1954, citado por Ruiz, 1977, p. 21)

Las actividades de la campaña fueron apoyadas con una amplia producción editorial del Departamento de Bibliotecas dirigido por Jaime Torres Bodet en 1922: se editó la revista *El Libro y el Pueblo*, se publicaron libros clásicos de literatura extranjera, y se organizaron pequeñas bibliotecas ambulantes "para despertar el interés en las masas, en el gran número de la clase obrera o campesina que de otra suerte difícilmente hubiera tenido acceso a tales fuentes de cultura." (Coward, 1966, p. 9)

Antes de que funcionara el Departamento de la Campaña no se habían editado textos especiales para auxiliar la labor de los alfabetizadores. Los textos impresos para ese fin fueron el *Libro Nacional de Lectura* y el *Silabario* de Ignacio Ramírez, ninguno de los textos propuso alguna novedad para la instrucción de los adultos (Loyo, 1994a). Sin embargo, no hay evidencia de que los textos se hayan repartido o hayan sido empleados entre los analfabetos que participaron en la campaña. Para enseñar a leer y escribir todavía circulaban algunos silabarios que habían sido empleados en la segunda

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, I (2)

mitad del siglo XIX, como el *Silabario de San Miguel*, además de otros que fueron una novedad en ese periodo:

El Primer libro de lectura de Luis Mantilla, el de Rébsamen, el de Ayala Pons y el método Onomatopéyico de Gregorio Torres Quintero [...] incluso muchos maestros inventaron sus propios métodos por lo que muchos alfabetizadores se quejaban de la situación caótica.” (Loyo, 1994^a, p. 355)

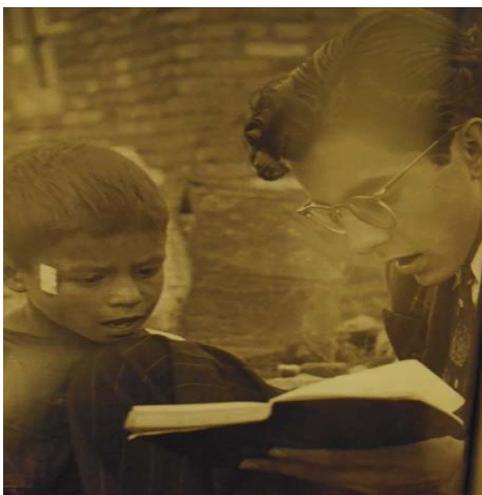


Figura 1. Campaña de alfabetización, ca. 1920. ©. Fuente: Loyo, 2011, p. 226)

Probablemente se dio preferencia a la edición de textos y cartillas afines al ambiente cultural e ideológico del momento. El profesor Juan Pérez Gómez publicó en 1920 un libro de lectura destinado a los adultos, titulado el *Tesoro del Adulto*:

Se trataba de una cartilla destinada a combatir el analfabetismo, como lo dice el autor en su prólogo, pero que tuvo muy poco uso, porque sin el patrocinio oficial no encontró fácil acogida entre los maestros que en aquella época empleaban comúnmente los métodos fonéticos para la enseñanza de la lectura, con los adultos que asistían a las escuelas nocturnas del gobierno (Barbosa, 1978, p. 196).

Durante el periodo de 1924 a 1934, la noción de campaña se empleó con fines de instrucción práctica a beneficio de las actividades cotidianas del campo y la ciudad, y fueron promovidas por la Secretaría de Educación Pública: la campaña pro-limpieza (1927), pro-lengua nacional, pro-cálculo, campaña pro-higiene y campaña antialcohólica en 1929. Entre los textos con contenidos prácticos estaba la *cartilla de higiene* y la *cartilla antialcohólica*.

Aunque el analfabetismo era un problema apremiante, no podía sobreponerse a las necesidades de salud, vivienda y alimentación en la que vivían los indígenas, así como a la imperiosa intención de integrarlos al estilo de vida moderno. Bajo la apreciación de los extranjeros, la diversidad étnica en México se describía del siguiente modo:

Había en México 4.179.449 indios, más de ochenta grupos, unos pequeños y relativamente poco importantes, otros numerosos y de gran significación los grupos diferían en idiomas. Algunos todavía eran nómadas, otros eran bárbaros y belicosos; la gran mayoría vivía de la agricultura. Con algunas excepciones, el indio vivía en la pobreza, víctima de la desnutrición, la enfermedad y la superstición. (Ruiz, 1977, p. 147).

Aunque fueron numerosos los intelectuales, artistas y literatos que desde el indigenismo exaltaron las características físicas, intelectuales y morales de los indígenas, no se realizaron acciones educativas concretas hasta el establecimiento del Departamento de Asuntos Indígenas, al que se delegaron las acciones exiguas de educación indígena.

2. La educación socialista y las campañas de alfabetización, 1936 - 1937

Se emprendieron en 1936 y 1937 dos campañas de alfabetización, destinadas a niños y adultos. En dichas campañas los objetivos de formación del ciudadano alfabeto se habían mezclado con las posturas políticas y culturales de las épocas pasadas. Leer y escribir eran principios para la transformación del individuo que se incorporarían a la sociedad para vivir colectivamente; la educación del adulto debía mejorar los procesos de producción, la lectura y la escritura servirían para “elevar la cultura”.

Según Loyo (1994^a, p. 397), “entre 1910 y 1930 el analfabetismo había disminuido en 1.47%, lo que correspondía a 574.897 habitantes.” La interpretación de los datos estadísticos sobre el estado de la alfabetización no ha sido definitiva. Lazarín (1995, p.85) considera que “el progreso más significativo se desarrolló entre 1921 y 1930 en el que la población analfabeta se redujo en un 5%”. Para entonces se desconocía el nivel de influencia que tuvo la campaña de alfabetización de 1921.

En términos generales, las campañas de alfabetización del socialismo se presentaron ante el panorama siguiente: solo una de cada seis personas sabía leer y escribir e interesaba al gobierno mexicano influir principalmente en los adultos analfabetos. “En 1930 la población mayor de diez años alcanzaba 11.748.930, de los cuales 6.962.517, o sea el 59.26%, eran analfabetos; de estos, el 55.46% se constituían de mujeres y 44.54% de hombres” (Loyo, 1994, p. 397).

La mayor parte de los analfabetos eran mujeres, aun más entre mujeres indígenas, ya que su acceso al aprendizaje del español fue más lento, como lo propone Civera (2009). La demanda de instrucción primaria acontecida en esos años muestra lo apremiante que resultaba para la población aprender la lectoescritura: “Las 300 000 solicitudes de nuevo ingreso a las primarias eran un dato elocuente. [...] Constituían una paladina confesión de que no era fácil vivir sin cuando menos las primeras letras.” (*El universal*, 1936, citado en Menesses, 1988, p. 224)

Algunos eventos económicos y políticos del exterior se conjuntarían para dar paso a la controvertida etapa de la educación socialista mexicana: entre ellos la condición económica de Estados Unidos en 1926 y la crisis mundial de 1929, que alcanzó su punto más álgido con el cuestionamiento al sistema económico capitalista. El signo de modernidad de países como Rusia se sustentaba con abolición de las clases sociales y la homogeneidad cultural. En México se adecuaron las ideas sobre el socialismo a la formación de una estructura corporativa a favor de los intereses del gobierno (Arce, 2006, p. 171).

Lázaro Cárdenas del Río fue electo como presidente en 1934, debido en parte a la movilización social que como candidato había generado; su gobierno duró hasta 1940 y su estrategia fue alentar la formación de organizaciones sociales bajo la conformación de sindicatos de obreros, campesinos y organizaciones religiosas. El proceso para la formación de organizaciones sociales se planteó en el plan sexenal de 1929, bajo el cual el propósito ideológico de la escuela sería educar para incentivar a la formación de organizaciones colectivas (Arce, 2006, p. 173-185).

En el marco de la *educación socialista*, los efectos positivos que ocurrieron a favor de la alfabetización fueron más amplios que las propias campañas, como el impulso la coeducación y las escuelas mixtas, la instrucción del adulto obrero, y la creación del Departamento de Educación Indígena en 1935 y el Departamento de Antropología del Instituto Politécnico Nacional (Ruiz, 1977, p. 188), lo cual permitiría posteriormente enseñar a leer y escribir en lenguas originarias. Las medidas para incentivar la educación de los adultos se incrementaron:

La escuela nocturna obligatoria para todos los adultos analfabetos y negarles el trabajo a quienes dejaran de asistir, así como rehusar a su pueblo la dotación de ejidos. Los particulares tampoco podían darles ocupación. Esta iniciativa manifestaba la inquina contra los analfabetos. El que no supiera leer no podría comer (Menesses, 1988, p. 224)

La imagen social del analfabeto fue representada constantemente de un modo peyorativo, se le consideraba causa de la pobreza, falta de civilización y cultura. Dicha imagen despectiva parece haber perdurado en el tiempo, pues con base en el análisis realizado con notas del periódico, se advierte que en la campaña nacional contra el analfabetismo de 1944: “No saber leer y escribir era asociado con ignorancia, con incapacidad ciudadana, con esclavitud espiritual, con una imposibilidad de contar con una vida plena” (Escalante, 2011, p. 24).

Durante este periodo de la *educación socialista* se incrementaron las publicaciones periódicas dirigidas específicamente al adulto trabajador. Posiblemente además de los esfuerzos ya mencionados, el crecimiento de la población y la migración de los habitantes del campo a la ciudad hicieron que la lectura y la escritura fuera requisito para la obtención de un empleo en la ciudad.

2.1 Campaña Pro Educación Popular, 1936

En 1936 se emprendió la Campaña Nacional pro-educación popular. En el contexto de la *educación socialista* “se señalaba que la alfabetización era el primer peldaño en la educación del proletariado y que aprender generaba beneficios futuros, entre ellos la liberación de su clase.” (Loyo, 1994: 418) El único requisito para participar como alfabetizador era saber leer y escribir o bien haber cursado hasta el cuarto año de primaria. La campaña se propuso como un procedimiento que “involucró a departamentos de Estado, organizaciones políticas, centrales obreras y grupos campesinos.” (Loyo, 1994 b, p. 418) La figura del alfabetizador no estaba definida, los alfabetizadores podían ser el maestro de primaria, un profesionista o algún miembro de las organizaciones obreras o campesinas.

Al parecer tampoco se definió la procedencia de los recursos económicos, se convocó a las corporaciones públicas y la industria privada, pero no se designaron recursos públicos o fondos especiales para ese fin, a excepción de la ciudad de México; en algunos estados y localidades fue escaso el interés mostrado en ésta campaña; al parecer aún no había condiciones mínimas para realizar una cruzada de alfabetización de efectiva organización colectiva a nivel nacional.

2.2 La Campaña Nacional de Educación popular, 1937

En 1937 se propuso y organizó la Campaña Nacional de Educación Popular cuyo objetivo fue “la desanalfabetización de México en tres años, el mejoramiento técnico y cultural de los maestros, la elevación del nivel higiénico de las comunidades y viviendas para obreros, y la realización integral del plan sexenal.” (Loyo, 1994 b, p. 421).

La campaña se difundió ampliamente por medio de la prensa e incluso la radio, también hubo festivales y algunos niños de primaria se integraron al “ejército de alfabetización”. Aunque la organización de esta cruzada se contemplaba en el plan sexenal y estaba siendo impulsada por la federación, ésta se emprendió sin asignación presupuestal para su sostenimiento. La organización, el financiamiento y los resultados se asignaron a la responsabilidad de los gobiernos estatales.

2.3 Métodos y recursos para alfabetizar en español

Para enseñar a leer y escribir se recomendaba el método natural o global, la base de la lectura eran las oraciones completas, pues se consideraba a la oración como la unidad en la expresión del pensamiento. Se recomendaba enseñar de manera simultánea a leer y escribir; de ser necesario, el maestro debía llevar la mano del niño. Se enseñaba al adulto con la misma didáctica que a los niños, por medio de ejercicios que pudiera aplicar de manea inmediata, como escribir su nombre (Barbosa, 1978, p. 113). A diferencia del método de enseñanza, hubo un importante interés por diferenciar los contenidos dirigidos a los adultos con respecto a los que se empleaban para los niños.

El autor recomendado para la enseñanza fue Gabriel Lucio, quien escribió una serie de cuatro libros titulada *Simiente*. El contenido y las ilustraciones de estos textos tenían como finalidad la enseñanza de la lectoescritura y promovían los valores de la escuela socialista. *Simiente* retrataba un ambiente idealizado de la vida en el campo (Garay, 2013, p. 129-135). Como se muestra en las imágenes 2 y 3, la educación del campesino y del obrero se plasmaba en ambientes fuera de la escuela, lo cual correspondía al ideal socialista de que la educación permitiría mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, mostrando lecciones e imágenes sobre la siembra, la cosecha, el aseo personal y se honra al trabajo arduo. En los libros de lectoescritura sobresalía la imagen de la vida en el campo más que la del aula escolar, como se puede apreciar en la Figura 2:



Figura 2: Ilustraciones pertenecientes al libro *Simiente*²

Sin la asignación de un presupuesto estable, cada estado del país podía emplear o improvisar según sus necesidades el material necesario para la enseñanza. Otros títulos fueron *Fermín, el Sembrador* y *Lecturas populares para escuelas urbanas y Vida rural* (Loyo, 1994 b, p. 424). Se puso especial énfasis en emplear el vocabulario propio del campo. Entre los textos se encontraba: *Técnica de lectura y escritura* de Luis Hidalgo Monroy y *Metodología de la lectura y escritura* de Don Federico Doreste. Ante las problemáticas derivadas de la falta de material se propuso el empleo de periódicos y revistas. En 1938 la Comisión Editora Popular publicó el *Libro de lectura* de 1er año para uso de las escuelas nocturnas para trabajadores: “Casi todo el material de la cartilla se refiere a temas relacionados con la vida de los campesinos y de los obreros [...] fueron editados en un régimen cuya orientación ideológica era afín al proletariado.” (Barbosa, 1978, p. 197).



Figura 3: Imagen correspondiente al Libro de Lectura de Primer año³

2.4 Métodos y recursos para alfabetizar en lenguas indígenas

Como se mencionó anteriormente, entre los indígenas el analfabetismo estaba más acentuado, además de la falta de escuelas, el problema principal fue la escasa cantidad de maestros bilingües que enseñaran a leer y a escribir en español y que, además, se comunicaran con los indígenas en su misma lengua. En 1937 después de una convención internacional en la ciudad de México se propuso “seguir el método bilingüe en la educación del indio de América” (Ruiz, 1977 p. 187). El modo en que se debía enseñar a los monolingües tuvo diversas interpretaciones, para algunos lingüistas el problema principal era resolver la incapacidad del indio para comunicarse en español, mientras que, para otros la conservación de la cultura dependía de la permanencia de la lengua.

Finalmente, las diferentes posturas teóricas coincidieron en que la enseñanza de la lectura y la escritura serían en español, tal como se había instruido hasta entonces, aunque los lingüistas consideraban que era el proceso más lento y menos significativo para que un indígena aprendiera al considerar que: “El error de los misioneros y de los educadores contemporáneos estaba en su intento de enseñar el español a un Indio que carecía de antecedentes idiomáticos formales, de cualquier especie” (Ruiz, 1977, p. 186). La propuesta de lingüistas como Aureliano Esquivel consistía básicamente en enseñar a leer palabras de uso común escritas en la lengua propia: “Conociendo la

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

gramática en su propio idioma, el individuo estaría preparado para aprender un idioma extranjero” (Esquivel, En Ruiz, 1977, p. 186).

Las cartillas de alfabetización en lenguas indígenas editadas por la SEP se produjeron finalmente en 1945; se elaboraron cartillas en *náhuatl-español, otomí-español, maya-español, tarasco-español*. Los objetivos de las cartillas de alfabetización para indígenas monolingües tenían tres objetivos, primero: enseñar a leer a los monolingües en su propio idioma; segundo, ya alfabetizados en su lengua materna, enseñarles el español y tercero, alfabetizarlos en español (Barbosa, 1978, pp. 205-206).

3. La Campaña Nacional contra el Analfabetismo, 1944

La Campaña Nacional contra el Analfabetismo fue propuesta por el Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet (1944-1946). Formó parte del amplio proyecto Manuel Ávila Camacho presidente de México de 1940 a 1946, quien desde su campaña a la presidencia, expresó interés en realizar un proyecto tendiente a la unidad nacional y de apoyo a la industrialización. El objetivo político se perfilaba a proporcionar a la sociedad las condiciones mínimas requeridas para la vida moderna: saber leer, escribir y contar⁴.

Esta nueva campaña de alfabetización tuvo diferencias significativas respecto a las tres campañas que le antecedieron. En esta cruzada se legislaron los procedimientos con que se combatiría al analfabetismo, por medio de la emisión de la Ley de Emergencia de agosto de 1944, haciendo obligatoria la enseñanza y el aprendizaje de la lectura y la escritura a todos los mexicanos mayores de 18 años y menores de 60. Del mismo modo, se elaboró, reprodujo y distribuyó una cartilla de alfabetización cuyo diseño convenía a las tres etapas consideradas para la puesta en marcha de la cruzada.

A diferencia también de las cruzadas anteriores, se involucró a los tres ámbitos de gobierno, federal, estatal y municipal. El gobierno federal podía sancionar a los municipios por denegación de servicios, según las leyes penales y la nueva Ley Orgánica de Educación Pública de 1942:

Artículo 12.- Todo Municipio deberá sostener permanentemente servicios, escuelas o institutos de alfabetización y de cultura elemental para adultos iletrados, y deberá fomentar económicamente, la iniciativa privada en esta campaña. La desobediencia a esta obligación constituye responsabilidad oficial para los funcionarios municipales, bajo las sanciones que por denegación de servicios señalen las Leyes penales. (Ley orgánica, 1942)

En el ámbito de la política era necesario que el gobierno contrarrestara la formación de nuevas organizaciones sociales, pues al no haber partidos fuertes de oposición, éstas constituirían el contrapeso del poder político. Desde el punto de vista de Carbó (1989) el discurso político se adecuó al lenguaje “lejano y ajeno” de la segunda Guerra Mundial, lo cual fue aprovechado para contener a las organizaciones sociales, apelar a un lenguaje que exaltara la paz, el nacionalismo y la integridad moral: “La guerra, con su carga ambivalente de ventajas y obstáculos para este proyecto, sería aprovechada al máximo por el gobierno, inclusive para justificar ideológicamente el abandono de las reformas *cardenistas*.” (Carbó, 1989, p. 24).

Se nombró al analfabetismo como el enemigo interno; no cumplir con la obligación de enseñar a leer y escribir era interpretado como una falta de patriotismo; *radicales* y *moderados* debían participar en la cruzada para mostrar paz y unión frente al estado de guerra del exterior, se adoptaron para la organización de la campaña términos como el ejército infantil y brigadas del alfabeto. La coyuntura de la guerra no sólo sirvió para legitimar moralmente la campaña, también para fortalecer al poder ejecutivo y reiterar el papel rector del gobierno en la vida social. (Greaves, 2008, p. 23). La figura 4 ilustra claramente la concepción *patriótica* de la campaña.



Figura 4. Patriotismo, Imagen del periódico *El Universal*, junio de 1945.

La difusión de la campaña en la prensa dio cuenta del modo en que se aprovechó el lenguaje de la época. Aparecieron anuncios que expresaban los procedimientos prácticos de la campaña con lenguaje combativo y provocador. En el encabezado de las notas se podía leer: “893 posiciones de ataque en la lucha pro-alfabeto,” (*El Universal*, abril, 1945) para referirse a los centros de alfabetización que se habían establecido en la Ciudad de México. Los alfabetizadores recibían el nombre de “soldados para la paz

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

cuya arma es una cartilla y cuya recompensa será el futuro bienestar de nuestro país” (*El Universal*, agosto de 1945).

También reflejan esta concepción las palabras de Torres Bodet(1946, p. 138):

[...] no hay problema social que no recate como raíz recóndita la ignorancia. El alcoholismo, la criminalidad, la mendicidad y el desarrollo precario de la agricultura y de las industrias pueden atribuirse a muchos orígenes; pero en casi todos esos orígenes hallaremos, más o menos cercana, presente siempre, una sombra dramática: la incultura.

La Ley de Emergencia de agosto de 1944 detallaba los procedimientos técnicos para la ejecución de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo; fundamentalmente la identificación de los analfabetos, la didáctica para enseñar, el tiempo que se destinaría al aprendizaje, la edición de una cartilla de alfabetización y el mecanismo para la inspección de los resultados. La campaña quedó organizada en tres etapas: la primera se destinó a la organización, la segunda al aprendizaje, y la tercera, a la presentación de pruebas finales y evaluación de resultados. Cada etapa estaba delimitada temporalmente, efectuadas en conjunto éstas abarcarían de febrero de 1944 a mayo de 1946.

En cuanto a la primera etapa, la organización inició en febrero de 1945. Inicialmente se solicitó enviar al Comité Estatal de la Campaña, el listado de nombres de los analfabetos existentes por localidad. Se apelaba entonces a que un alfabeto enseñara a un analfabeto. En la segunda etapa, según la Ley de Emergencia, la enseñanza concluiría en febrero de 1946, durante ese tiempo los municipios debían enviar mensualmente informes sobre el progreso de los trabajos al Comité Estatal de la campaña organizado previamente. Para la etapa de enseñanza, la Secretaría de Educación procedería a imprimir diez millones de cartillas. En la tercera etapa, finalmente el sondeo de resultados sería el último día de mayo de 1946, cada uno de los analfabetos sería examinado bajo la asignación de un jurado, los resultados debían ser oportunamente informados al comité estatal de la campaña:

Hacia finales del sexenio se habían organizado 69.881 centros de enseñanza colectiva con una inscripción total de 1.350.575 analfabetos, de los cuales 205.081 habían sido aprobados para fines de 1945, y 1.145.494 quedaron pendientes de la prueba final. Si se toma en cuenta que, de acuerdo con el censo de 1940 –y sin atender al crecimiento de la población en cinco años- había 9.411.075 analfabetos en el país, el resultado final fue descorazonador. (Medina, 1978,p. 388)

Los escasos resultados que señaló Medina fueron las cifras difundidas por la Secretaría de Educación Pública en la obra educativa en el sexenio 1940-1946. Como lo señaló Carbó (1989, p. 23): “La diferencia entre un dato y otro es que se habían presentado bajo un discurso que las valoraba positivamente, en lugar de ser los síntomas de una impotencia, son invocadas como manifestación de logros nacionales.”

3.1 La Cartilla Nacional contra el Analfabetismo

El diseño y el contenido didáctico de la cartilla fue un trabajo conjunto entre las profesoras Dolores Uribe y Carmen Cosgaya Rivas, con la aprobación del Secretario de Educación Pública Jaime Torres Bodet. El nombre de las autoras no aparece en la edición de la cartilla, pero la gratitud a ambas, así como la colaboración de Torres Bodet en la redacción de ciertos pasajes, aparece mencionada en las memorias de este, *Años contra el tiempo*⁵.

La cartilla fue diseñada para apoyar el desarrollo de las tres etapas de la campaña, y el modo en que ésta serviría para efectuar las pruebas finales se reglamentó en el artículo 26 de la Ley de Emergencia. La cartilla sirvió para emitir comprobantes individuales de enseñanza y aprendizaje; cada cartilla contenía tres cupones que juntos formaban los colores de la bandera (verde, blanco y rojo). Los cupones verde y rojo servirían como comprobante para la secretaría general de la campaña, en caso de que el alfabeto fuera aprobado llenaría con su propia letra sus datos personales; el maestro y la autoridad local o el inspector escolar firmarían dichos cupones a modo de autorización: “Además, (el maestro) extenderá, en lugar apropiado de la cartilla, una constancia que acredite que la persona nominalmente designada y tenedora de aquélla, ha cumplido con su deber.” (SEP, 1946, p. 154) Por último, el cupón blanco era desprendido y entregado a los alfabetizadores como comprobante frente el deber de enseñar⁶.

La secuencia de las lecciones de la cartilla para alfabetizar de 1944 se componía de tres partes. La primera sección estaba compuesta por “veintinueve lecciones para el aprendizaje de las letras y las sílabas directas, inversas y mixtas para iniciar la comprensión mecánica de la lectura y la escritura.” En el apartado dos: “siete lecciones para el aprendizaje de las sílabas compuestas (tra, tla, pla, pra, cra, cla, bra, bla, gra, gla, fla, fra, dra) y para continuar la comprensión de la lectura y la escritura.” En el apartado tres: “veintinueve lecciones para dominar completamente tal aprendizaje” (Cartilla, 1944, p. 2). En esta última sección había breves lecturas con ilustraciones en las que finalmente los adultos practicaban lo aprendido a lo largo de las lecciones de la cartilla.

Jaime Torres Bodet al referirse al mensaje ideológico que transmitiría la cartilla advierte que, además de capacitar a los analfabetos en lectura y escritura, convenía que el cuadernillo transmitiera un sentido de responsabilidad cívica sustentado en el orden moral:

La bondad, el valor, la voluntad de progreso, la confianza en la libertad, el amor a la patria y la solidaridad con todo el género humano son fuerzas laicas, insobornables. A menudo esas fuerzas resultan difíciles de explicar, porque exigen no solo la adhesión del carácter sino la persuasión de la inteligencia [...] con la savia de aquellas fuerzas tendríamos que nutrir el mensaje moral de nuestra cartilla (Torres Bodet, 2002, p. 7).

La cartilla de 1944 fomentaba el patriotismo basado en los héroes nacionales. Su contenido trataba de otorgar un significado distinto al mostrado durante la educación socialista; sobre las clases sociales se planteaba que ricos y pobres, alfabetos y analfabetos compartían una misma responsabilidad cívica con la nación mexicana.

En la cartilla se planteaba el uso de dos métodos didácticos: el fonético u onomatopéyico y el global o integrador. Los alfabetizadores podían elegir entre uno y otro, pues la cartilla contenía una breve explicación sobre cómo proceder a la enseñanza con uno y otro, partiendo de sílabas y letras o partiendo de palabras, frases o sencillas oraciones. La cartilla en conjunto privilegió la enseñanza de la lectura por el método fonético. Las lecciones iniciaban con una ilustración de media hoja, con una letra consonante mayúscula, minúscula, en letra impresa y cursiva, luego una breve oración de acuerdo a la ilustración, como “Sale el sol”, seguida de la combinación de las sílabas con cada una de las vocales, hasta llegar a la combinación de vocales y consonantes.

Las instrucciones para proceder a la enseñanza de la escritura, en cambio, ocupaban un espacio reducido dentro de las consideraciones generales, por lo que se intuye que la enseñanza de la escritura tuvo una relevancia menos significativa que la lectura. Las indicaciones para instruir a escribir fueron las siguientes:

En cuanto a la escritura, procure usted: 1. Enseñarla al mismo tiempo que la lectura. 2. Cuidar que el alumno adquiriera una letra clara y bien formada. 3. Vigilar que ligue las letras de cada palabra. 4. Exigir que escriba de izquierda a derecha, espaciando las palabras y en renglones paralelos. 5. Cuidar de que escriba con lápiz, reservando el uso de la tinta hasta el momento en que haya dominado las principales dificultades. 6. Conceder particular atención a los trabajos de escritura en el cuaderno especial que por separado se enviará a usted (Cartilla, 1944, p. 6).

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

3.2 *Cartillas para alfabetizar en lengua indígena, 1946*

En agosto de 1945 fue creado el Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas, dependiente de la Dirección General de Alfabetización. Aunque las actividades de la campaña se habían iniciado, aún estaba pendiente el modo en que didácticamente se alfabetizaría a los hablantes de lengua indígena. Para ello se procedió a la redacción de cartillas especializadas, con el apoyo de organismos como el Instituto Lingüístico de Verano, el Instituto Nacional Indigenista y el Departamento de Asuntos Indígenas. Además de elaborar las cartillas, esta institución debía formar a los maestros alfabetizadores bilingües: “Los cincuenta profesores que seguirán aquí los cursos intensivos (...) regresarán después a las Entidades en que trabajan, y ahí cada uno de ellos impartirá la enseñanza adecuada a treinta maestros rurales que sean bilingües.” (Torres Bodet, 1946, p. 273)

De ese grupo, diez profesores provenían de la región Otomí del Valle del Mezquital, diez de la región tarasca del *estado* de Michoacán, diez de la región náhuatl del *estado* de Puebla, diez de la región náhuatl del *estado* de Morelos y diez de la región maya de los *estados* de Yucatán y Campeche. Probablemente debido a la procedencia de los colaboradores, las cartillas que se diseñaron fueron en *náhuatl, maya y otomí*, la intención general fue lograr la “homogeneidad idiomática del país”. Aunque al parecer no se confeccionaron ahí las únicas cartillas bilingües, pues el Instituto Nacional Indigenista había elaborado cartillas para el grupo *mazateco* del norte de *Oaxaca*, para los purépechas en Michoacán y para los indígenas de la *Mixteca Baja* (Barbosa, 1978, p. 205).

Las cartillas bilingües confeccionadas durante la Campaña Nacional Contra el Analfabetismo fueron: *náhuatl-español, otomí-español, tarasco-español y maya-español*. Los problemas principales para el diseño de éstas fueron lingüísticos y didácticos: en el caso de las lenguas *náhuatl y maya* de tradición literaria, se contaba con un alfabeto tradicional o científico, en el cual cada sonido era representado con un signo solamente. El problema de esta iniciativa fue que el alfabeto científico contenía signos extraños al español, por lo tanto eran difíciles reproducirlos en máquina e imprenta; “había pues que hallar un alfabeto para cada lengua, que hiciese fácil y sin tropiezos el paso de la lengua indígena al español.” (SEP, 1946, p. 140)

Por otro lado, fue necesario que el español empleado en las cartillas correspondiera a expresiones locales comunes, más allá de ser expresiones gramaticalmente correctas, para así enseñar el español en forma oral en situaciones reales “de modo tal que el alumno comprenda las expresiones sin traducirlas” (SEP, 1946, p. 142). Por ello

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

inicialmente se había considerado que las cartillas estuvieran escritas en tres partes: la primera en lengua indígena, la segunda de manera bilingüe y la tercera en español.

Finalmente, las cartillas quedaron diseñadas en dos partes, la primera para enseñar a leer y escribir en la lengua originaria y la segunda, para enseñar ambas habilidades en español. Al menos en el caso de la cartilla *náhuatl-español* el método para enseñar a leer era el global: “Comenzando con la visualización de frases y oraciones sencillas y luego su memorización. Merced de la asociación de ellas con figuras y estampas alusivas. Después se realiza un proceso de análisis por palabras y luego por sílabas” (Barbosa, 1978, p. 206).

La enseñanza de la lectura y la escritura en lengua indígena requería de un considerable esfuerzo por parte de los analfabetos, lo mismo que de los maestros. Se sugería que los alfabetizadores sostuvieran con los alumnos conversaciones en español, narrar sencillos cuentos y anécdotas. Para la práctica de la lectura en español, la cartilla *náhuatl-español* editada en 1946 contenía textos cívicos e históricos. La documentación sobre el modo en que estas cartillas lograron alfabetizar en ambas lenguas es prácticamente inexistente, al tiempo en que se ha reconocido que su empleo inmediato pudo ser efímero, aunque en cambio pudieron emplearse en épocas posteriores o como base para el diseño de posteriores cartillas bilingües:

Lamentablemente, las cartillas bilingües, al parecer, se utilizaron poco, pues cuando ya se habían distribuido, el sexenio de Ávila Camacho concluyó y el Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas interrumpió su labor, según la versión de Jaime Torres Bodet, por lo que pese a que la campaña se prolongó, por decreto, en el sexenio alemanista, no hubo continuidad en el trabajo por la interrupción del Instituto que había diseñado las cartillas bilingües. (Escalante, 2013, p. 161)

Las Figuras 5 y 6 ilustran dos instancias de esta campaña:

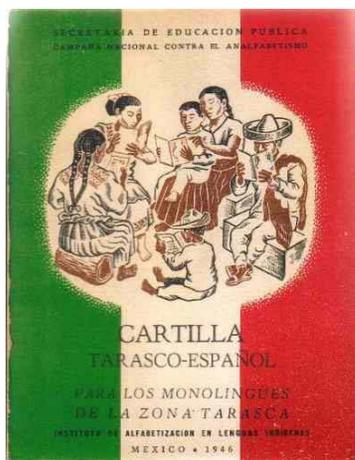


Figura 5: Portada de la Cartilla Tarasco-Español, SEP, México. 1946.



Figura 6: Examen público a un analfabeto. Archivo Histórico del Estado de México, noviembre, 1946.

COMENTARIO FINAL

Las campañas de alfabetización tuvieron como objetivo común la disminución del analfabetismo en un espacio corto de tiempo. A partir de la campaña nacional contra el analfabetismo, el adulto fue considerado como el sujeto al cual debía dirigirse el esfuerzo por extender el uso de la comunicación escrita; se consideraba que el adulto letrado participaría de un modo eficiente en los procesos económicos y productivos que permitirían el progreso de México, ya que frente al pretendido desarrollo social, el

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

analfabeto permanecía como espectador. Este grupo social constituido por las personas que no sabían leer ni escribir, y que ascendía a más de la mitad de la población adulta, era apreciado como un obstáculo para el ascenso nacional; se pensaba entonces que la alfabetización de la población se vería reflejada en mejores condiciones sociales y culturales. La confianza puesta en la cultura desbordaba las posibilidades reales; aunque las campañas fueron medidas de participación voluntaria, su desarrollo requirió de espacios escolares.

Las iniciativas políticas y culturales tendientes al desarrollo social y la unidad nacional se desplegaron principalmente en las ciudades, es probable que este proceso fuera más lento en el campo, los espacios rurales y más aun en comunidades indígenas; las acciones culturales a favor de la educación de los indígenas mexicanos avanzaron a cuenta gotas; incluso con la creación de instituciones especializadas, el avance de la lectura y la escritura en lengua indígena tuvo como principal obstáculo el aprendizaje previo de la comunicación en castellano. Los obstáculos fueron, entre otros, la elaboración del material didáctico especializado, la disposición de maestros bilingües y construir el vínculo entre población y escuela, entre alfabetización y progreso.

Por lo anterior, coincido con Carlos Escalante (2013) sobre la importancia de estudiar el contenido y uso de las cartillas de alfabetización, con el objeto de enriquecer el conocimiento sobre las medidas de atención al indígena, además de advertir los aciertos y las limitantes en los procedimientos para hacer efectivo el acceso a la comunicación escrita en el presente mexicano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arce, F. (2006). En busca de una educación revolucionaria 1924-1934. En J. Vázquez (Coord.), *Ensayos sobre historia de la educación* (pp. 145-185). México: El Colegio de México.

Arrove, R. (1992). Las campañas nacionales de Alfabetización desde las perspectivas históricas y comparativa: legados, lecciones e implicaciones para América Latina. En A. Escolano (Coord.), *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización* (pp. 363-384). Salamanca: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Barbosa, A. (1978). *Cómo han aprendido a leer y escribir los mexicanos*. México: Pax.

Carbó, T. (1989). Legislar contra la ignorancia: leyes y decretos para la alfabetización (1944-1948). *Papeles de la Casa Chata*, 4 (6), 19-29.

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

- Civera, A. (2009). Mujer, educación y trabajo en el Estado de México: la primera mitad del siglo XX. En E. Navarrete (Coord.), *Mujeres mexiquenses: pasado y presente de las voluntades que transforman* (pp. 191-235). Toluca: Gobierno del Estado de México.
- Cowart, B. (1966). *La obra educativa de Torres Bodet en lo nacional y lo internacional*. México: El Colegio de México.
- Escalante, C. (2013) Las cartillas de alfabetización de la campaña de 1944-1946 en México. *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, 1, 155-162. Recuperado de <http://www.somehide.org/component/zoo/item/escalante.html?Itemid=13>
- Fell, C. (1989). *José Vasconcelos los años del Águila (1920-1925)*. México: UNAM.
- Giraud, L. (2004). Lectores campesinos, maestros indígenas y bibliotecas rurales: Puebla y Veracruz (1920-1930). En C. Castañeda, L. Galván y L. Martínez (Coords.). *Lecturas y lectores en la historia de México* (pp. 303-326). México: El Colegio de Michoacán/UAEMor/CIESAS.
- Greaves, C. (2008). *Del radicalismo a la unidad nacional. Una visión de la educación en el México contemporáneo 1940-1964*. México: El Colegio de México.
- Lazarín, F. (1995). Las campañas de alfabetización y la instrucción de los adultos. *Revista interamericana de educación de adultos*, 3 (3), 79-98.
- Loyo, E. (1994a). Educación de la Comunidad, tarea prioritaria, 1920-1934. En *Historia de la alfabetización y de la educación de adultos en México*, Tomo 2, *De Juárez al Cardenismo* (pp. 341-410). México: INEA/El Colegio de México.
- Loyo, E. (1994b). El cardenismo y la educación de adultos, 1920-1934 En *Historia de la alfabetización y de la educación de adultos en México*, Tomo 2, *De Juárez al Cardenismo* (pp. 411-465). México: INEA/El Colegio de México.
- Loyo, E. (1999). *Gobiernos Revolucionarios y Educación popular en México 1911-1928*. México: El Colegio de México.
- Loyo, E. (2006). En el aula y la parcela: vida escolar en el medio rural (1921-1949). En De los Reyes (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México, Siglo XX*, Tomo Volumen V, I Campo y ciudad (pp. 273-304). México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Loyo, E. (2011) La educación del pueblo. En D. Tanck de Estrada (Coord.) *Historia mínima ilustrada de la educación en México* (pp. 227-245). México: El Colegio de México.

- Martínez, S. (1983). *Estado, educación y hegemonía en México 1920-1950*. México: línea/UAG/UAZ.
- Medina, L. (1978). *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952: Del cardenismo al avilacamachismo*. México: El Colegio de México.
- Meneses, E. (1988). *Tendencias educativas oficiales en México, 1934-1964. La problemática de la educación mexicana durante el régimen cardenista y los cuatro regímenes subsiguientes*. México: Centro de Estudios Educativos/Universidad Iberoamericana.
- Ruiz, R. (1977). *México 1920-1958. El reto de la pobreza y el analfabetismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Secretaría de Educación Pública (SEP) (1944). *Campaña Nacional contra el Analfabetismo. Cartilla 1944-1946*, México.
- Torres Bodet, J. (1946). La campaña Nacional contra el analfabetismo. pp. 135-142. En *Seis años de actividad Nacional*. México: Secretaría de Gobernación.
- Torres Bodet, J. (1948). Nobleza de la alfabetización. En *Educación y concordia internacional Discursos y mensajes (1941-1947)* (pp. 271-272). México: El Colegio de México.
- Torres Bodet, J. (2002). Iniciación de la campaña contra el analfabetismo. *Revista interamericana de educación de Adultos*, Núm. Especial, 127-139. Recuperado de <http://atzimba.crefal.edu.mx/rieda/images/rieda-2002-especial/memorias1>

Hemerográficas

El Universal, México, abril de 1945

El Universal, México, agosto de 1945

Documentos oficiales

Secretaría de Educación Pública (SEP) (1946) "Exposición de motivos y texto de la Ley que establece la campaña Nacional contra el analfabetismo" en *La Obra educativa en el Sexenio 1940-1946*, Memoria.

Secretaría de Educación Pública (1944) *Campaña Nacional contra el Analfabetismo. Cartilla 1944-1946*, México.

Notas

¹ La Unión Soviética había emitido un decreto sobre educación popular en 1917, cuando el ministro de educación era Anatoly Lunacharsky. En este decreto se proponía “formar el poderoso ejército de maestros para instruir a toda la población de la inmensa Rusia”. Entre las semejanzas está el combate al analfabetismo y la ignorancia. La educación para las masas populares obreras y campesinas (Fell, 1989).

² Lucio, G, (1938). *Simiente. Libro primero*. México, Comisión Editora Popular. En Garay, 2013, pp. 130-137.

³ Comisión Editora Popular, ca. 1936. Imagen tomada de: Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Temático, Sobre 186-AH Escuelas. Educación Socialista. INEHRM. En <http://www.inehrm.gob.mx>

⁴ La visión de progreso permanecería hasta la década de 1960, el crecimiento de la infraestructura, de escuelas y hospitales se complementaba en la visión de progreso. Lo mismo sucedía con la fisonomía de las ciudades, en especial de la ciudad de México (Greaves, 2008).

⁵ Así se expresaba Jaime Torres Bodet al respecto: “Aquellas inocentes composiciones que – por no haberme sometido a las reglas didácticas habituales– tanto inquietaron a la profesora Dolores Uribe y suscitaban tantas sonrisas en los labios de otros maestros” (Torres Bodet, 2000, p. 134).

⁶ Punto once de las “Bases para la celebración de las pruebas finales en centros de enseñanza Colectiva y casos de enseñanza individual”. Administrador General de la Campaña, Ricardo Rubio Vivanco, 15 de noviembre de 1945. AHMM/EDUC/VOL.31./EXP/543/CAMPAÑA ALFABETIZACIÓN 1944.

Fecha de recepción: 31-03-13

Fecha de aceptación: 02-09-13
